



# El match de Cupido

LAUREN PALPHREYMAN



CROSS  
BOOKS

El match  
de Cupido

LAUREN PALPHREYMAN

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Cupid's Match*  
© del texto: Lauren Palphreyman, 2019  
© de la traducción: María Cárcamo, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2020  
ISBN: 978-84-08-22421-1  
Depósito legal: B. 2.543-2020  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera parte  
La Oficina del Amor

# 1

Sobre el escaparate del edificio se leen las letras «Oficina del Amor» con una caligrafía elegante. En la puerta hay un cartel que dice: «En estos momentos no aceptamos nuevos clientes».

—Aquí nunca aceptan a ningún cliente nuevo —le dice una chica a su amiga mientras pasan por delante con varias bolsas en las manos.

Miro el edificio de arriba abajo, con el ceño fruncido y protegiéndome del sol con el montón de cartas que he traído.

«No me puedo creer que esté aquí.»

Como no fui capaz de encontrar ninguna información en internet, di por hecho que sería una agencia pequeña. No me esperaba un rascacielos con ventanas doradas y angelitos esculpidos en la pared de piedra blanca. Me siento fuera de lugar, no creo que nadie con unas Converse destrozadas, pantalones de pitillo y chaqueta de cuero haya cruzado nunca esta puerta.

No es que me haya hecho mucha gracia pasar mi último día de vacaciones de verano en un autobús a Los Ángeles. Si alguien se hubiera dignado a responder al teléfono, no habría tenido que hacerlo.

Empujo la puerta de cristal y suena una campanilla cuando entro.

El suelo está cubierto de baldosas blancas brillantes y hay varios sillones de colores fosforitos alrededor de una mesita de café llena de revistas de moda. En el otro lado de la sala hay un mostrador alto de piedra, donde una chica rubia con un traje de chaqueta blanco impoluto habla a unos auriculares. Sobre ella, colgando del techo por unos cables, hay una gran flecha dorada.

Me llama la atención un destello en la pared. Es una placa que dice: «Tres mil años creando parejas».

Sacudo incrédula la cabeza mientras me acerco y suelto el montón de cartas encima del mostrador. La chica rubia me mira sorprendida. Lleva prendida en el bolsillo de la chaqueta blanca del traje una chapita con el nombre «Crystal».

—Ahora te llamo —dice a los auriculares—. Me acaba de surgir algo.

Me mira de arriba abajo con sus ojos azules. De pronto, me doy cuenta de la pinta que debo de tener; ella está impecable, no tiene ni un pelo fuera de su sitio. Y luego estoy yo, que me he pasado hora y media en el apestoso autobús que me ha traído desde Forever Falls. Veo el reflejo de mi pelo oscuro y enredado en la puerta de cristal: podría ser perfectamente la del polo opuesto.

—Lo siento —dice—, ahora mismo no aceptamos nuevos clientes.

Toquetea los auriculares y me doy cuenta de que está a punto de continuar con su conversación. Me estoy cabreando, lo noto.

—No he venido para inscribirme, sino para deciros que dejéis de molestarme.

La chica me mira confundida.

—¿Cómo dice?

Le hago un gesto para señalarle las cinco cartas que he dejado encima del mostrador de recepción.

—Lleváis todo el verano enviándome cartas, mensajes y correos electrónicos —le cuento—. No estoy interesada en vuestros servicios. No sé cómo habéis conseguido mi información personal, pero tenéis que eliminarme de vuestras listas de correo. Ya tengo novio, muchas gracias.

Me doy la vuelta y me dirijo a la salida.

—Espere.

Habla más bajo y con más asertividad que antes. Puede que incluso con urgencia.

Me vuelvo de nuevo. Ella me mira con confusión.

—A ver, es que... no es normal.

Coge una de las cartas que he soltado encima del mostrador. Lleva la manicura recién hecha.

—No contactamos con nuestros clientes. Nunca. Va en contra de nuestras...

—¿Leyes de privacidad? —le suelto—. Me da igual. Lo único que quiero es que me dejéis tranquila, ¿vale?

Cuando estoy a punto de volver a darme la vuelta, se levanta de un brinco.

—¡No! —dice, ahora con una voz más fuerte y aguda—. ¡Por favor! —Como si de pronto fuera consciente de lo raro que resulta su comportamiento, se vuelve a sentar con una sonrisa robótica—. Deje que ponga su nombre en el ordenador para averiguar qué ha pasado. Así podremos eliminarla de nuestra base de datos, ¿de acuerdo?

Suspiro.

—Está bien.

Parece que se relaja un poco cuando empiezo a andar de nuevo hacia el mostrador.

—¿Nombre?

—Lila Black.

Las uñas repiquetean contra el teclado al escribir mi nombre. Hace una pausa de unos segundos, arruga la frente

y vuelve a escribir algo a toda prisa. Se queda mirando fijamente la pantalla con la cara completamente pálida. Una expresión de sorpresa sustituye a la sonrisa falsa. Y percibo también alguna emoción más.

«¿Miedo?»

—Señorita Black, tenemos un gran problema. Ha sido usted emparejada con... —Para de hablar y se muerde el labio—. Creo que... Creo que será mejor que le aclare la situación uno de nuestros agentes. Por favor, siéntese, vendrá alguien enseguida.

—La verdad...

La recepcionista levanta una mano y me hace un gesto para que me calle mientras pulsa un botón blanco en el interfono que tiene a su lado. Tras unos segundos, se oye una voz masculina amortiguada por el pequeño altavoz.

—¿Qué ocurre, Crystal? —No parece muy contento.

—Cal —responde—, necesito que vengas a recepción inmediatamente.

—Ya sabes lo que hay que decir, Crystal —contesta él—: no aceptamos clientes nuevos.

La chica tose, un poco avergonzada. Se quita los auriculares y coge el receptor.

—No se trata de eso —susurra—. Tienes que venir ahora mismo, en serio.

Se oye un murmullo en el otro lado y Crystal cuelga el teléfono. Vuelve a aparecer la sonrisa robótica en su cara.

—Uno de nuestros agentes la atenderá enseguida.

Estoy a punto de decirle que no quiero ver a ningún agente, que solo quiero que dejen de darme la brasa, cuando la puerta de cristal mate que hay junto a la recepción se abre y aparece un chico joven que deduzco que es Cal.

Es tan guapo como Crystal, con el pelo rubio impecable y los ojos de un gris plateado. Lleva un traje blanco y parece que tiene más o menos mi edad: diecisiete años. La verdad es

que resultaría muy atractivo a quien le guste ese estilo. Para mí es demasiado pulcro.

Mira molesto a Crystal y luego se fija en mí.

—Lo siento —dice con desprecio—, no aceptamos nuevos clientes.

—Sí, ya me he enterado —digo apretando los dientes—, pero no he venido para apuntarme. He venido a decirles que dejen de molestarme.

—Ven a ver esto, Cal —dice Crystal.

Exhala profundamente por la nariz y se acerca al mostrador, inclinándose sobre Crystal para leer lo que hay en la pantalla. Se le ensombrece la mirada. El asombro se refleja en todos los rasgos de su cara, pero recupera la compostura.

—Así que eres tú —dice finalmente—. De todas las chicas del mundo, tú eres su alma gemela. He de admitir que no me esperaba que fueses así. Por favor, señorita Black, acompáñeme, tenemos algo muy importante de lo que hablar. Su vida entera podría estar a...

Crystal tose y le lanza una mirada de advertencia. Él suspira.

—Por favor, venga conmigo, señorita Black. Se lo explicaré todo.

Se da la vuelta y se dirige hacia la puerta de cristal.

Considero durante un momento marcharme de allí, a pesar del asentimiento alentador de Crystal. Pero mi mejor amiga, Charlie, todavía no ha vuelto del campamento de periodistas, y James, mi novio, trabaja todo el día en el restaurante. Así que o entro, o me voy a casa sin ninguna esperanza de que la Oficina del Amor me deje tranquila.

Además, odio admitirlo, pero me pica la curiosidad sobre quién es exactamente la persona de la que soy el alma gemela.

—Está bien —digo—. Pero, para que lo sepan, todo esto es muy raro.

Camino hacia la puerta, la abro y entro.

## 2

Tras la puerta hay una oficina inmensa y diáfana.

Predomina el blanco, como en la zona de recepción, pero con unas columnas clásicas negras que llegan hasta el techo, y la pared izquierda parece un *collage* de caras, nombres y lugares unidos por trozos de cuerda rosa. Tras una arcada en la pared del fondo, solo puedo ver una estatua de piedra algo gastada de una mujer envuelta en una toga.

Hay gente vestida de blanco corriendo de un lado a otro y hablándoles a unos auriculares. No puedo evitar fijarme en que todos los empleados son asquerosamente atractivos, como si ser guapo fuera un requisito para poder trabajar aquí.

Cal avanza entre ellos, mirando hacia atrás por encima del hombro mientras yo lo sigo entre las filas de ordenadores, maniobrando entre gente a la que no parece importarle que choquemos.

«Parece más una oficina de corredores de bolsa que una empresa de citas.»

A medida que avanzamos, me fijo en que hay bastantes monitores en los que se muestran diferentes imágenes en bucle. La frase «Los diez más indeseables» aparece de pronto

en una de las pantallas, seguida de la foto de un tío con una mirada penetrante. Pero la imagen se desvanece antes de que pueda fijarme en nada más.

Cal abre la puerta de una oficina con paredes de cristal y me indica con un gesto que entre.

—Siéntese, señorita Black —me dice con un tono de voz aún frío.

Lo miro mientras me acomodo en un sillón rojo.

Él cierra la puerta, coge un sobre negro del archivador que hay contra la pared y se sienta tras el escritorio. Suelta un fuerte suspiro que le hace parecer más mayor. De hecho, todo su comportamiento hace que parezca más adulto: hay mucha confianza en la forma que tiene de mantener el contacto visual, y creo que nunca he visto a un adolescente sentado tan recto en una silla.

—No es lo que me esperaba —dice mientras abre el sobre.

—Sí, ya me lo has dicho. ¿Me vas a contar ya qué hago aquí?

Cal saca un folio del sobre negro y lo examina.

—Hace poco pasamos sus datos por nuestro sistema —dice—, y la ha emparejado con alguien que no esperábamos que se emparejara con nadie.

Agito la cabeza.

—¿Por qué habéis pasado mis datos por el sistema? ¿Por qué tenéis mis datos?

Cal sonrío con frialdad.

—Tenemos los datos de todo el mundo, pero esa no es la cuestión que nos ocupa.

—Y ¿puedes decirme cuál es la cuestión que nos ocupa? Tiene una mirada plateada y fría.

—Es una situación complicada. Me arriesgo a romper nuestras... leyes al decirle lo que estoy a punto de decirle.

—Este club tiene muchas normas, ¿no?

Cal me ignora y respira hondo.

—Somos... cupidos —dice mientras se pasa una mano por el perfecto cabello rubio—. Emparejamos a la gente. Llevamos muchos siglos haciéndolo. Pero no nos inmiscuimos en el amor, es demasiado peligroso. Hace mucho tiempo, uno de los nuestros se descarriló. Se entrometió en los asuntos de los humanos, en sus corazones. Se obsesionó con las mujeres e hizo que ellas se obsesionaran con él. Se convirtió en alguien muy peligroso. Su poder creció y su ideología se radicalizó. Así que lo expulsamos de nuestra organización. Para siempre.

Me quedo mirándolo fijamente.

—¿Es una broma?

Cal niega con la cabeza.

—Me temo que no, señorita Black.

Me endezco un poco en el sillón y me fijo en la caótica oficina mientras calculo mentalmente cuánto tiempo tardaría en llegar hasta la salida.

—Muy bien, Cal, genial.

Intento mantener la voz lo más neutra posible y fuerzo los labios para poner lo que yo creo que es una sonrisa tranquilizadora. Charlie se va a morir de la risa cuando se lo cuente. Seguramente querrá ponerlo en su blog: «¡Una empresa de citas donde los empleados se creen cupidos!».

Por la forma en la que Cal frunce el ceño, creo que mi actuación no es tan buena como yo pensaba.

—Y ¿qué tiene que ver todo esto conmigo? —pregunto siguiéndole el juego.

Cal se me queda mirando fijamente y vuelve a respirar hondo.

—Hace poco, por primera vez en la historia de los cupidos, ha sido emparejado con una persona. —Sacude la cabe-

za—. Ni siquiera debería estar en el sistema. No debería tener un alma gemela, ni por asomo. Es muy peligroso. Y si se entera... —Cal hace una pausa, pero no aparta la mirada de mi cara—. Señorita Black, hará todo lo que esté en su mano para conseguir lo que quiere. Es el original. El más poderoso de todos nosotros. Es Cupido en persona, el de verdad. Y su alma gemela... es usted.

Nos quedamos los dos en silencio durante un momento. Luego empiezo a reírme, no puedo evitarlo. Cal casi no me mira; tiene los ojos inexpresivos.

—¿Me estás diciendo que mi alma gemela es Cupido? —pregunto—. ¿El pequeñín con alas y un arco y una flecha?

Durante un instante me pregunto si no me habrán llevado a un programa de la tele. Echo otro vistazo a la oficina, con una leve esperanza de ver a un equipo de cámaras, pero lo único que veo es una fila de trajes de chaqueta blancos y un poco de la estatua de piedra que hay detrás del arco.

Cal me pasa lentamente la hoja de papel que tiene en las manos.

—No —dice—. Este es Cupido.

Cojo la hoja brillante. Es una foto en blanco y negro de un chico con el pelo despeinado y unos ojos que parecen clavar-se en los míos, incluso desde el papel. Aunque podría tener la misma edad que Cal, hay algo más maduro en sus rasgos: tiene la mandíbula más cuadrada y los hombros más anchos. Los labios le dibujan una sonrisa traviesa y se le forma un hoyuelo muy mono en la barbilla que suaviza la robustez de sus características con un toque de encanto juvenil.

No se puede negar que es guapo —la foto podría estar sacada de una revista de ropa interior masculina—, y hay algo en él que me resulta muy familiar.

—¿Este es Cupido?

Vuelvo a mirar a Cal, que parece algo decepcionado.

—Se le han dilatado las pupilas —dice mirándome a la cara de forma inquietante—. Le parece atractivo.

—Dices cosas muy raras.

Pone una mueca de confusión porque, claro, a la gente le encanta que le digan que tiene las pupilas dilatadas. Dejo la fotografía en el escritorio y lo miro directamente a los ojos.

—Tengo novio. Ya lo he dicho.

Pienso un momento en qué diría James si se enterara de que he venido a un sitio como este. No se lo he dicho, ha estado tan ocupado trabajando durante el verano que no hemos tenido tiempo de vernos mucho.

Cal parece irritado.

—Sí, pero su novio no es su alma gemela. Su alma gemela es... —hace una pausa— otra persona —continúa, ignorando mi mirada de desprecio—. Se la ha emparejado con Cupido.

Vuelvo a mirar la fotografía. De pronto, recuerdo dónde he visto esa cara antes.

—Esta es la foto que he visto en la pantalla de fuera. Es uno de los diez más indeseables, aunque no tengo ni idea de lo que significa eso.

Cal asiente, serio.

—Es el indeseable número uno.

Parpadeo. Luego vuelvo a mostrar mi sonrisa rara.

—Vaaale, entiendo. Bueno, pues muchas gracias, Cal. Ha sido muy... esclarecedor. —Coloco las manos en los reposabrazos y me levanto lentamente del asiento—. Voy a ir... marchándome.

—Siéntate, por favor, Lila Black —dice Cal—. Y deja de sonreír así. Me pones muy nervioso.

—¿Yo te estoy poniendo nervioso a ti? Ahora en serio, ¿qué narices es esto? ¿Estás intentando estafarme o algo así?

Cal respira hondo y se aprieta el tabique de la nariz.

—No me crees. No crees nada de lo que te estoy diciendo.

—¡Claro que no!

Me mira fijamente.

—Tienes que aceptarlo. Estás en peligro. Va a ir a por ti.

De pronto, enciende el monitor del ordenador con un dedo largo y delgado. Veo que tiene dedos de pianista, pero elimino rápidamente ese pensamiento mientras escribe a toda velocidad algo con el teclado. Tras un momento de silencio, muestra una mirada de satisfacción.

—Tengo que enseñarte una cosa, algo que hará que creas en los cupidos.

Coge un trozo de papel y garabatea una serie de números. Luego se levanta con los ojos relucientes de triunfo.

—Sígueme, Lila Black. Estoy seguro de que te interesará ver esto.